



ODISEO, EL JUDÍO ERRANTE:
ACERCA DE UN LIBRO DE MORENA DERIU SOBRE ISLAS
Y PRUEBAS ODISEICAS

ODYSSEUS, THE WANDERING JEW:
NOTES ON A BOOK BY MORENA DERIU ON ISLANDS
AND THE TRIALS OF ODYSSEUS

José Manuel Pedrosa^{a*}

Fechas de recepción y aceptación: 27 de diciembre de 2020 y 22 de enero de 2021

Resumen: Artículo-reseña sobre el libro de Morena Deriu *Nēsoi: L'immaginario insulare nell'Odissea* (2020), que analiza las representaciones y las funciones de las islas dentro de la *Odisea* de Homero. Son valoradas las aportaciones del libro, que propone interpretar las islas de Homero no desde los conceptos de utopía y distopía, sino desde el concepto de heterotopía. Y se profundiza en algunos pasajes de la *Odisea* que fueron comentados en el libro reseñado.

Palabras clave: Homero, *Odisea*, islas, utopía, distopía, heterotopía, Foucault.

Abstract: Article-review of the book by Morena Deriu *Nēsoi: L'immaginario insulare nell'Odissea* (2020), which analyses the representations and functions of the islands in Homer's *Odyssey*. The book proposes interpreting Homer's islands not in terms of utopia and dystopia, but as a case of heterotopia. The review also examines some passages of the *Odyssey* that are commented on in the book reviewed.

Keywords: Homer, *Odyssey*, islands, utopia, dystopia, heterotopia, Foucault.

^aFacultad de Filosofía y Letras. Universidad de Alcalá de Henares.

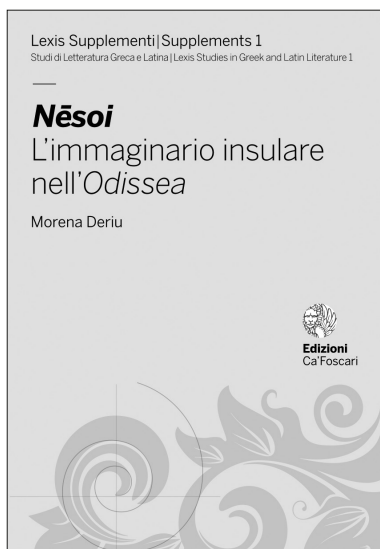
^{*}Correspondencia: Universidad de Alcalá de Henares. Facultad de Filosofía y Letras. Calle Trinidad, 5. 28801 Alcalá de Henares, (Madrid). España.

E-mail: josem.pedrosa@uah.es



Pensar e interpretar la *Odisea* es una tarea que sigue dando mucho quehacer a un sinfín de hermeneutas, si bien no todos son capaces de salir medianamente airosos del empeño: la epopeya de Homero, con sus muchas zonas de penumbra y su recinto conceptual erizado de ambigüedades y de polisemias, cual varias de sus islas, rodeadas de celosas barreras naturales (la autora de este libro nos recuerda, en la p. 45, que la misma Ítaca es descrita como ‘erizada de rocas’ en 9.27; 10.417, 463; 13.242; 14.1) es un terreno propicio para los ejercicios de deducción, pero también para las divagaciones y para algún que otro yerro y naufragio. Por lo demás, lo lógico es que sea cada vez más difícil afirmar algo que sea al mismo tiempo original y atinado en relación con versos tan manoseados como los de Homero.

Sobre las islas de la *Odisea* en particular, y sobre las islas en general, existe ya una bibliografía inmensa, que ha quedado en buena medida volcada en las catorce apretadísimas páginas finales de este libro, con sus más o menos trescientas entradas; pero no todas esas obras se fundamentan sobre el riguroso método filológico y filosófico, el afán de eludir rutinas y convenciones y la intuición y la sensibilidad que sostienen el ensayo de Morena Deriu.



Portada del libro de Morena Deriu (2020)

Es raro, para empezar, que una investigadora especializada en filología griega, con un dominio férreo de esa lengua y de su literatura asociada, se embarque, y sin perder en ningún momento el control, en una aventura intelectual que le permite vincular feliz y persuasivamente a Homero con Foucault. El sagaz y matizado concepto de heterotopía que Foucault ideó para quebrar la insuficiente y dogmática polaridad de utopía y distopía es, en efecto, recogido y enriquecido por Deriu con resultados que le sientan como anillo al dedo a la epopeya de Homero; y a la civilización griega en su conjunto, que (la autora se apoya en Malkin y en otros para aseverarlo) era un conglomerado geográfico, cultural, político, descentralizado y de equilibrios muy variables, con nodos y satélites en procesos de reconfiguración incesantes y con clasificaciones de otredad siempre provisionales.

La noción de heterotopía, en tanto que apunta al ámbito de lo diferente, de lo que puede ser gradual, múltiple, ambiguo, de lo que no encaja en binarismos simplistas, se torna, en manos de Deriu, en una palanca eficaz para quebrar las teorías más comunes, que han solido resaltar presuntas oposiciones o bien entre las islas y el continente; o bien entre islas positivas o de acogida e islas negativas u hostiles; o bien entre islas de tránsito e isla de destino final, Ítaca.

La cuestión ha quedado muy bien sintetizada en estos párrafos de las pp. 26-27 del libro de Deriu, que traduzco (todas las traducciones del italiano y del inglés son mías):

De las trece etapas del *nostos* [viaje de retorno] de Odiseo (se incluye, por tanto, el destino final de su periplo), siete tienen lugar explícitamente en islas: la isla de las cabras, Eolia, Eea, la isla de las sirenas (en la que, como es bien sabido, Odiseo y sus camaradas no desembarcan), Trinacia, Ogigia e Ítaca. Esta última es parte, a su vez, de un archipiélago, junto con Duliquio, Sama [o Samos], Zacinto [o Zante] y Asteris. Las imágenes de la isla engloban también a Esqueria, nunca llamada *nēsos* ['isla'] pero descrita como "un escudo en el mar sombrío" (5.281), y las tierras de Faro, Psará y Creta, que ofrecen el escenario del encuentro de Menelao con Idótea y Proteo, de la infancia de Eumeo y del pasado del Cretense [es decir, del avatar con el que Odiseo se presentó y conversó con Penélope, sin ser reconocido por ella, en el canto 19].

Este estudio pretende investigar las relaciones entre estos lugares dejando de lado cualquier enfoque dicotómico que considere por un lado las islas y por el otro el continente, o que siga oponiendo netamente a Ítaca con las islas



del retorno. El objetivo es demostrar, en primer lugar, cómo la alteridad que se asocia desde hace mucho a estos escenarios es en realidad el producto de intersecciones de elementos comunes.

Partiendo de este enfoque, prestaremos atención, en primer lugar, a los términos con los que son contruidos los espacios insulares y a las primeras manifestaciones de la isla como objeto de representación y conocimiento, al hilo de una topología que emana de las palabras de los personajes (y más raramente del aedo) como producto de una experiencia sensorial y espacial.

Precisamente por esta razón el espacio insular, a cuya reconstrucción se puede llegar a través de la recreación de los sucesos, puede no aparecer como una imagen fija y puede ser repensado en diferentes momentos de la narración, desde una función metapoética incluso.

De esta manera las islas con que se encuentra Odiseo se revelan como parte de un archipiélago de memorias recordadas por el héroe, un archipiélago que se abre desde la misma Ítaca (9.21-7) y del cual la tierra de los feacios parece que acaba siendo parte singular: Odiseo, de regreso a casa, cuenta a Penélope las aventuras vividas, y remata con su estancia en Esqueria (23.338-41). Al hilo de los recuerdos (que podrían ser fabulosos o reales) aparecen también en el poema las islas de Faro, Psará y Creta, y la descripción de la propia tierra.

Asegura Deriu este novedoso argumento sobre un sólido engranaje de citas, alusiones, rememoraciones, ecos cruzados, extraídos con precisión quirúrgica de una gran cantidad de pasajes de la epopeya homérica: véase el índice intrincadísimo de los pasajes citados en las pp. 196-201. Ante tal revelación no hay más remedio que admitir que sí, que la geografía por la que, en el retorno a su patria, se movió (o más bien afirmó que se movió) Odiseo no fue, como hubiera sido regular, la puesta en la boca del autor-aedo-primer narrador, a quien se ha de suponer más o menos objetivo o fiable, sino la desgranada por el cauce de los recuerdos y las subjetividades de los personajes que en tantos versos se las arreglan para suplantar a la voz principal y para hacer casi olvidar su condición de narradores invitados o secundarios.

En las pp. 54 y 67 insiste Deriu, aportando más detalles, en que

la mayor parte de los paisajes insulares esbozados en la *Odisea* son presentados como espacios de memoria, como parte de un archipiélago de recuerdos creados y cruzados por las palabras de Odiseo, Telémaco, Atenea y Nausícaa (las mismas islas de Ogigia y Esqueria, no descritas por el héroe en los *Apologoi*, son breve-



mente evocadas en la epopeya contada a Penélope [23.310-41], mientras que los sucesos de la tierra de Calipso son presentados por Odiseo a Arete [7.244-66]). A estos espacios se pueden añadir los de los recuerdos de Menelao, del Cretense y de Eumeo, a los que pertenecen las descripciones de las islas de Faro (4.354-9), de Psará (15.403-14) y de Creta (19.172-81), esta última brevemente recordada también por Néstor (3.291-6). El resultado de estas narraciones es un mapa cuyos puntos son islas que emergen de la memoria de los protagonistas [...].

El caso de Ítaca es emblemático: es tierra definida a través de los recuerdos de Telémaco (4.601-8), Odiseo (9.21-7) y, en parte, Atenea (13.242-7), y de la experiencia de Menelao, de los feacios y del propio héroe, para permitir el reconocimiento de una serie de intersecciones entre sus representaciones y las de las islas del viaje de regreso [...] El resultado es un mapa de islas conectadas por la repetición de formas y temas similares: la emoción, la complacencia y el orgullo del isleño lejos de su patria y, también, la coexistencia de aspectos fantásticos y realistas en las tierras de Odiseo, Eumeo y el Cretense, así como en las de los *Apologoi*.

Sobre todo este enredo de recuerdos y nostalgias, desentrañado con un bisturí filológico realmente virtuoso, se las arregla Deriu para seguir acumulando datos e indicios que confirman que las islas odiseicas son entidades más que nada verbales, híbridas, impuras, intercambiables, que no dejan de hacerse guiños entre sí. Ello pone en entredicho muchas clasificaciones estancas y no pocos dogmas que se habían apropiado tradicionalmente de la interpretación de la *Odisea*; diluye en buena medida la excepcionalidad del concepto de isla en la fluidez de los conceptos de red o de espejo; e insufla tanta más tensión literaria en estas geografías presuntas cuanto más difusas, menos confiables y más inestables se nos insinúan.

Para asegurar todavía más sus argumentos, Deriu somete a análisis a los personajes femeninos de la *Odisea*, y aborda la cuestión de la

densa red de relaciones que asocian a Circe, las Sirenas, Calipso, Nausícaa y la misma Penélope entre ellas, y con las islas en las que viven. Las representaciones de estos personajes, en analogía con sus respectivas tierras, parecen eludir las oposiciones claramente binarias, mientras que cultivan la desigualdad. Al igual que la isla, la figura femenina es repensada, también, en diferentes momentos del poema (p. 175).



Asegurado este flanco, podría parecer que nos encontramos por fin, gracias al desbloqueo que permite la aplicación de la varita casi mágica de la heterotopía, ante una respuesta plausible a algunas de las dudas y misterios que han rodeado desde siempre la estructura interna de la *Odisea* y su interpretación.

Pero no. Era de esperar que Homero no quisiera ponernos las cosas tan fáciles y que se reservase para el final o, mejor dicho, para más allá del final, para un futuro tan inconcebible y genial que las amplias costuras de la *Odisea* pudieran solo recoger su anuncio, pero no su desarrollo ni consumación, una broma cruel (para con Odiseo, para con los de Ítaca, para con los receptores) y un cronotopo que constituye una enmienda o un contrapunto importante a todo lo cantado y contado antes, y una contradicción (que no suspensión) de la interpretación esencialmente heterotópica que dábamos ya por irreprochable.

Eso es lo que Deriu ha sabido ver en el capítulo culminante de su ensayo, el 5.2, el que indaga en “L’ultimo viaggio: uno sguardo oltre le isole”. Nos ofrece en él una tan original como densa reflexión acerca de la escena en que el alma de Tiresias se manifiesta tempranamente ante Odiseo y le indica que, si quiere librarse de la persecución de Posidón y pasar sus últimos días viejo y tranquilo, junto a los suyos, en su isla, habrá de hacer todavía, tras la recuperación de Ítaca, un último viaje, y a un lugar de tierra firme en que no existiese, paradójicamente, ni la noción siquiera de lo que es una isla ni de lo que es el mar: una prueba final con rasgos de entelequia, que se salía de todas las previsiones y pesadillas que pudiesen recaer sobre un héroe tan marino y tan acostumbrado a enfrentarse a pruebas temerarias como Odiseo.

La traducción la tomo de Homero, *Odisea*, trad. José Manuel Pabón, Madrid: Gredos, 1993:

Mas luego
que a los fieros galanes des muerte en tus salas, ya sea
por astucia, ya en lucha leal con el filo del bronce,
toma al punto en tus manos un remo y emprende el camino
hasta hallar unos hombres que ignoren el mar y no coman
alimento ninguno salado, ni sepan tampoco
de las naves de flancos purpúreos ni entiendan los remos
de expedito manejo que el barco convierte en sus alas.
Una clara señal te daré, bien habrás de entenderla:
cuando un día te encuentres al paso con un caminante



que te hable del biello que llevas al hombro robusto,
clava al punto en la tierra tu remo ligero y ofrece
al real Posidón sacrificios de reses hermosas,
un carnero y un toro, un montés cubridor de marranas;
luego vuelve a tu hogar, donde harás oblación de hecatombes
uno a uno a los dioses eternos que pueblan el cielo
anchuroso; librado del mar, llegará a ti la muerte,
pero blanda y suave, acabada tu vida en la calma
de lozana vejez (11.126-36).

Palabras parecidas a estas serán pronunciadas por Odiseo ante Penélope, en 23.263-284, cuando el héroe no tenga más remedio que declararle su desazón porque, no bien se había consumado su reencuentro, se veía obligado a marchar otra vez, sin rumbo fijo, a alguna incógnita tierra firme, es decir, al opuesto exacto de los paisajes de mares y de islas en los que el héroe de Ítaca había dado pruebas de saber manejarse del modo más solvente.

Estos versos han atraído mucha menos atención crítica de la que merecen. En él hay, para empezar, un inconfundible y antiquísimo adelanto, que nadie (ni Deriu siquiera) ha detectado, de la leyenda internacional que muchísimos siglos después sería conocida como *El judío errante*. El remo que Odiseo se vería obligado a cargar, en absoluta soledad, sin acompañantes y por designio de un ofendido Posidón, en un deambular desnortado que habría de dilatarse hasta que un desconocido providencial le redimiese de su carga, recuerda sin duda a la cruz que en muchas versiones se vería obligado a cargar, en solitario y por designio de un ofendido Cristo, *El judío errante*, cuyo errar habría de durar hasta que algún transeúnte providencial le liberase de su carga.

Mucho más podría ser añadido, porque el Odiseo que deja su remo en una geografía y a unas gentes que desconocían ese útil adquiere en este episodio de la *Odisea* el perfil de héroe cultural o civilizador, equiparable al de muchos otros héroes que en mitos, leyendas y cuentos pluriculturales (espero poder explayarme al respecto en alguna monografía futura) portan una herramienta nueva a un país de ignorantes. Es obvia la conexión, por ejemplo, con el cuento ATU 1650 (*The Three Lucky Brothers*), aunque en este tipo narrativo sean por lo general tres hermanos los que, obligados a caminar sin detenerse, llevan bienes diferentes (un instrumento musical, una hoz o guadaña, un rastrillo, un



azote, una pala para aventar, un martillo, una piedra de molino, un hacha, etc.) a un pueblo de tontos. No puede menos que asombrar que el útil que les entrega Odiseo, héroe isleño y marino por excelencia, sea precisamente un remo.



Mosaico romano del siglo II a. C. con representación del episodio de Ulises y las sirenas.
Museo del Bardo (Túnez. Ilustración de dominio público)

Hay vínculo también, por supuesto, con el cuento ATU 1379** (*The Sailor and the Oar*), que ha debido de oralizarse a partir justamente de la lectura de Homero, y que cuenta con una muy curiosa y extravagante tradición, por ejemplo, en tradiciones muy remotas de Estados Unidos. El catálogo de Uther lo resume así: “*El marinero y el remo*. Un marinero (Odiseo, San Nicolás, San Elías) se cansa del mar después de muchas aventuras. Camina tierra adentro con su remo, con la esperanza de encontrar un lugar en que nadie haya visto el mar o probado la comida salada. Finalmente conoce a un hombre o a una mujer que piensa que su remo es una pala para aventar (o una pala de pan, un cucharón o un trozo de madera) y de ese modo demuestra que es ignorante. El marinero hace ofrendas a los dioses y construye altares en la cumbre de las montañas. O se casa con la mujer, que en la noche de bodas demuestra que tenía más conocimientos de los que había admitido”.

El análisis de Deriu no puede ser, si dejamos al margen las reverberaciones cuentísticas y atendemos más a los dibujos estructurales y a los reequilibrios que esta peripecia inaudita obliga a introducir en la interpretación de la *Odisea*, más sagaz, transparente, clarividente. La intromisión de una tierra firme ignorante del mar, de la sal, del remo, que un Odiseo envejecido y exhausto se ve condenado a salir a buscar, apunta a una distopía rotunda, y opone un contrapeso significativo, como bien admite Deriu, a todos los contornos heterotópicos que creíamos ya que imponían otros ejes y otros diseños. Impresiona, en fin, que justo cuando el héroe acababa de retornar y de liberar a Ítaca, a Penélope y a los suyos, tras pasar por toda suerte de lances y de espacios intermedios, y cuando pensábamos que tan bien merecido tenía ese cielo, se viese empujado en la dirección de un infierno localizado en el corazón de la tierra firme, que era el que más hostil y distópico podía resultar para un héroe del mar.



Carlos Luis de Ribera y Fieve, *Ulises reconocido por su nodriza*, dibujo a lápiz, siglo XIX.
Biblioteca Nacional de Madrid.

Los filólogos y hermeneutas a los que la revelación de Deriu nos anima a reevaluar este episodio, y la *Odisea* entera, nos vemos, así, en una encrucijada comprometida: quedan, aunque solo en este episodio final, contradichas

las últimas, razonables y persuasivas previsiones y cuadrículas construidas, sobre el dominio de la noción de heterotopía, por la autora de este hermoso ensayo; pero el que la propia Deriu haya sabido prevenirnos de ese brote final de distopía, con todo su potencial perturbador, es algo que no solo realza la audacia y la validez generales de su planteamiento, sino que revela que esa excepción se debe no a error de la exégeta, sino a genialidad desmesurada, a osadía inaudita del aedo.

La constatación, en fin, de que Homero va siempre por delante de nosotros, envolviéndonos en una inacabable maniobra de despiste, desafiando todos y cada uno de nuestros intentos de llegar a desciframientos definitivos, corrobora que la *Odisea* es una obra de arte cuya imaginación poética, gloriosamente aédica, se halla y se hallará siempre muy por encima de cualquier ensayo de aprehensión crítica que tenga aspiraciones o insolencias de ser total.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

Deriu, Morena (2020). *Nēsoi: L'immaginario insulare nell'Odissea*. Venecia: Edizioni Ca' Foscari.

